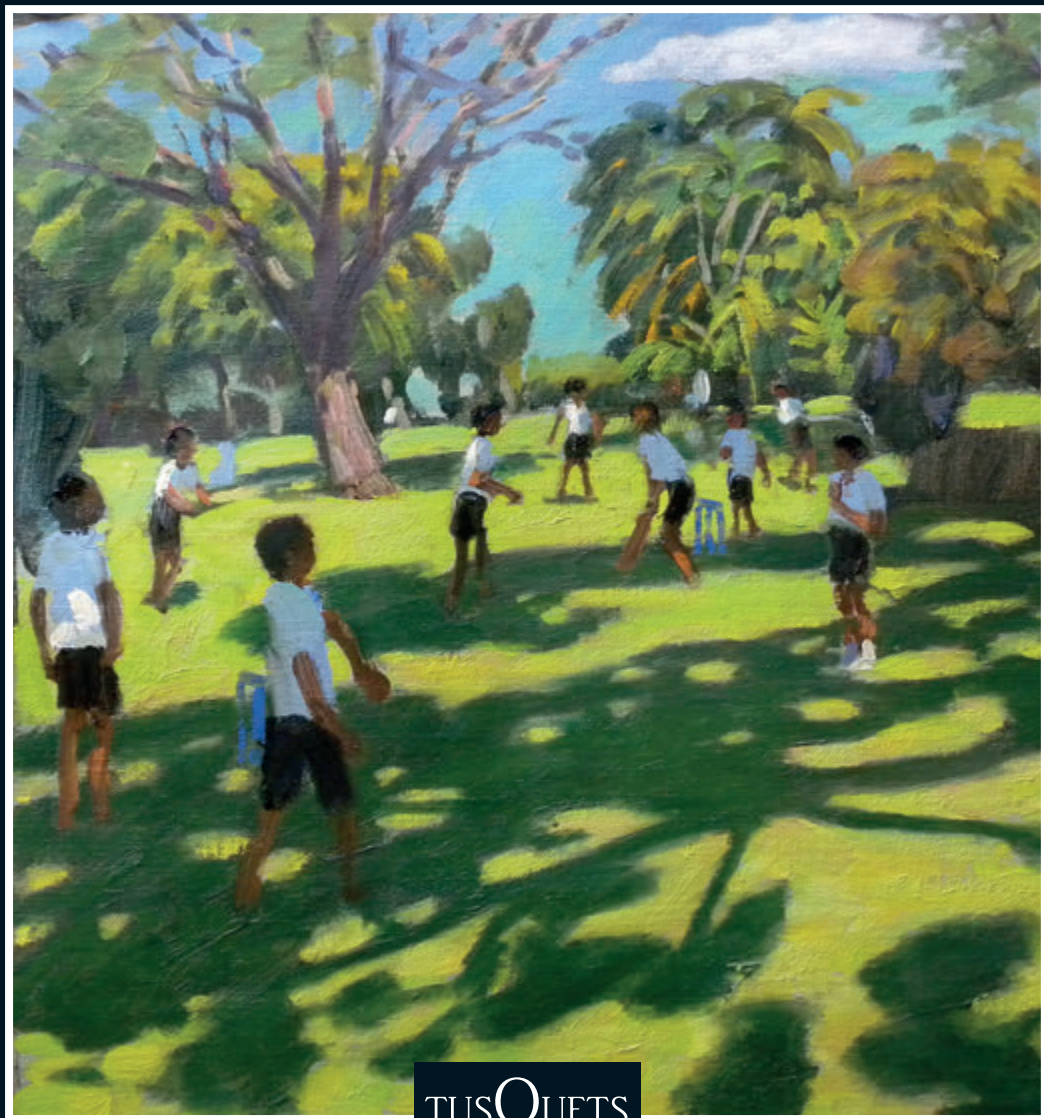


Tony Peake

EL REGLAMENTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

TONY PEAKE
EL REGLAMENTO

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *North Facing*

1.ª edición: abril de 2018

© Tony Peake, 2017

© de la traducción: Victoria Alonso Blanco, 2018
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-518-3
Depósito legal: B. 4.780-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

«Los palos y las pedradas duelen, pero las palabras se las lleva el viento», solía decir la madre de Paul.

Al evocar aquellos años, basta con que cierre los ojos para que se me aparezca él, mi yo de la infancia, implorando ante otro.

—¡Pero dijiste que probara otra vez este trimestre! Que a lo mejor tenía suerte. Así mismo me lo dijiste. ¡Lo prometiste casi!

Nos encontramos en 1962. Miércoles, 3 de octubre de 1962, para ser exactos, en el patio de un internado privado de Pretoria.

—«A lo mejor» —replicó el otro—. Dije «a lo mejor». No te prometí nada.

—¡Pues es una injusticia!

—¿Cómo dices?

—Que lo que estás haciendo no es justo, Du Toit.

—¿Y tú quién eres para decirle a un *ou* lo que es justo, eh? Precisamente tú, Harvey.

—Salirme ahora con que no, cuando el trimestre pasado...

—Imbécil de *soutpiel*.

Du Toit iba acompañado por algunos miembros de

su club: Stover, Labuschagne, y el Babosa, por descontado. Los tres al instante corearon jubilosos: *iSoutpiel!* *iSoutpiel!* Ése que tiene un pie en Inglaterra, el otro en Sudáfrica y el pene colgando, indeciso, en el mar. «Polla salada» vendría a ser la traducción literal del argótico término afrikáans.

—Sólo porque mis padres nacieran en... —empezó a replicar Paul, pero tan pronto como acometió esa línea de defensa reparó en su futilidad. Aun suponiendo que hallase la combinación adecuada de palabras (¡otra vez las palabras!), sus adversarios contraatacarían con otro insulto peor. De manera que se limitó a batirse en retirada, como siempre solía hacer ante Du Toit y sus secuaces, para ir a lamerse sus metafóricas heridas (ésas que sólo pueden causar las palabras) en otra parte.

El patio de recreo del colegio donde estudiaban Paul, Du Toit, Stover, Labuschagne y el llamado Babosa —junto con más de un centenar de alumnos, que pululaban por allí en ese momento— era una explanada de tierra ocre que se extendía entre el edificio principal, con su hilera anexa de aulas de ladrillo rojo, y el fresco verdor de los campos de juego al otro lado, que era adonde Paul se dirigía en ese instante, ya que durante el recreo tenían prohibido pisar sobre dichos campos y allí podría escapar temporalmente de las implacables pullas de Du Toit.

Todo había empezado en el segundo curso, cuando Paul había cometido la imprudencia de llevar al colegio uno de sus tesoros más preciados: un diario que le había regalado su abuela materna. La misma

abuela que, en torno a la misma época, había propuesto que lo mandaran a vivir con ella en Inglaterra tras lo sucedido en un lugar llamado Sharpeville. Era un diario para cinco años y había llegado envuelto en capas de crujiente papel de seda. Un papel tan suave y maravillosamente terso como sus cubiertas de cuero blanco. Aunque para Paul lo mejor era que contaba con un candado de bronce y una minúscula llavecita. Allí podría escribir lo que nunca se había atrevido a escribir en ninguna parte.

Pero un buen día, para su gran disgusto, el diario desapareció de su taquilla, ocasionándole un suplicio tal que, todavía hoy, sólo de pensarlo se le erizaba el cuerpo entero. Sólo de pensar que había sido su propia insensatez —porque había sido una insensatez llevar aquel diario al colegio, una insensatez mayúscula, ahora lo comprendía— lo que lo había dejado en una posición tan vulnerable.

¡Qué tonto, qué tonto, qué tonto!

¿Y cómo demonios iba a recuperarlo? Eso era lo siguiente. No tenía ni remota idea, y no fue hasta el cabo de una larga y angustiosa semana —el sábado, justo antes de que apagaran las luces del dormitorio— cuando el mayor de los Bentley, que ocupaba la cama contigua a la suya, puso fin a los velados sollozos nocturnos de Paul al señalar a Du Toit como culpable. Pero aún habría de derramar más lágrimas hasta que finalmente Du Toit diera la orden a su brazo derecho, Lombard, de que fuera a por el diario, que luego él arrojó con descuido sobre la cama de Paul, junto con

su llavecita, afirmando que no le había parecido tan interesante como para quedárselo.

A partir de ahí empezaron las burlas.

«¡Mariquita! ¡Niño mimado! ¡Gallina!»

Y otra pulla en afrikáans: *¡Rooinek!*, «cuello rojo».

Porque, naturalmente, el atezado Du Toit no tenía que avergonzarse de rojeces en el cuello (a diferencia del blancuzco Paul, a quien su madre protegía del sol todo lo humanamente posible). El ineludible Du Toit, también fundador y líder de la camarilla más deseada del colegio. De su propio club privado, con su particular configuración. Para entrar en las demás pandillas del colegio, los criterios de selección solían ser bastante difusos. Sin embargo, para entrar en el club de Du Toit, formado por sólo media docena de amigos especialmente escogidos —clasificados, al parecer, del uno al seis—, y que se te asignara un puesto en dicha clasificación, se rumoreaba que cada amigo potencial debía llevar a cabo una prueba iniciática. Y luego, a fin de mantener o mejorar su categoría dentro del club, otra serie de pruebas más, impuestas siempre por el propio Du Toit. Aunque fueras el primero en el escalafón, como Lombard, tenías que seguir demostrando tu valía. De lo contrario, podías bajar rápidamente de rango y exponerte a ser expulsado.

Es decir, que ser amigo de Du Toit no era fácil, ni inmediato. Otro niño más sensato habría juzgado más oportuno mantenerse al margen. Para Paul, sin embargo, eso hubiera conllevado desoír la presión añadida que ejercían sus padres. El hecho de que siempre de-

searan lo mejor para él. Que desearan también sentirse orgullosos de él; en eso insistían constantemente. Siempre hacían hincapié en que se adaptara al colegio. En que hiciera más amigos, ¿por qué no hacía más amigos? En que se integrara. No les gustaba imaginárselo tan solo, con el dinero que estaban costando sus estudios. ¿No podía esforzarse un poco más? Por el bien de ellos, además de por el suyo propio.

La noticia de que el club de Du Toit había admitido recientemente a un nuevo e inesperado miembro —el Babosa, ¡el mamarracho del Babosa!— hizo que saltara un resorte en el interior de Paul. Si invitaban al Babosa a formar parte de la pandilla, ¿por qué no iban a admitirlo a él? ¿Cómo que «Precisamente tú, Harvey»? ¿Y «Precisamente el Babosa» qué? Pero si el Babosa, como su apodo indicaba, era un ser casi infrahumano. Infrahumano y repulsivo. El más gordo de la clase, para empezar. Y miope, para más inri. Con aquellas gafas de culo de vaso y aquellas carnes fofas que se le bamboleaban al andar, como gelatina rosácea. Y, aun así, amigo de Du Toit. Su último fichaje. Parte de la élite.

Indignación personal, presión paterna: una potente combinación ésta que, a finales del trimestre anterior, había propulsado a Paul a pedir cuentas a Du Toit de por qué él no podía ser su amigo, ahora que el Babosa ya lo era.

Fue justo antes de la temprana cena, cuando por un breve espacio de tiempo los alumnos no estaban obligados a permanecer en ningún lugar en concreto.

Excepción hecha de los dormitorios, donde tenían prohibido entrar a esas horas. Sólo se podía regresar a ellos una vez concluido el tiempo de estudio reglamentario. No obstante, allí fue donde finalmente encontró Paul a Du Toit, tumbado a la bartola en su cama bajo un sol resplandeciente.

El dormitorio ocupaba lo que en otro tiempo había sido una galería superior o un porche, razón por la que en gran parte estaba abierto al mundo exterior. Lo único que lo protegía de los elementos eran tres estores de lona, en ese momento plegados, de ahí la abundante luz que bañaba las camas pulcramente hechas, seis de las cuales estaban bajo los estores abiertos, y las otras seis arrimadas a la pared de enfrente, separadas entre sí por una taquilla con cortina, único lugar del colegio (aparte del pupitre, destinado sólo para uso en clase) donde se podían guardar enseres personales. Bentley: su apéndice recién extirpado, dentro de un frasco. Strover, su colección de fotos firmadas por jugadores de la selección nacional de cricket. Y Paul —durante un tiempo—, su diario. ¿Sería así como Du Toit había dado con él? ¿Merodeando por el dormitorio cuando no debía?

Ese pensamiento, al igual que los recuerdos que éste le trajo de la angustiada semana, había impulsado a Paul a plantarle cara a Du Toit y decirle:

—Para empezar, yo sería mejor que el Babosa, que es un adefesio y un patoso de mucho cuidado.

—¡Vaya! ¡Con que Harvey quiere ponerse a mi servicio! ¡Chupi!

—Yo sólo quiero saber por qué piensas que no puedo ser tu amigo. Estamos en la misma clase, ¿no? Y en el mismo dormitorio. Y en la Tertulia de Cultura General de Spier.

—¿Qué tiene que ver Spier con esto?

—Yo sólo digo que tampoco soy tan distinto —prosiguió Paul, con la respiración entrecortada—. Aunque a ti te lo parezca. Además, si yo nunca te he tratado mal —ése era el factor decisivo, a decir de Paul—, ¿por qué siempre te metes conmigo?

Du Toit sonrió. Dientes blancos y afilados en un rostro dorado. Dientes que distrajeron a Paul y le impidieron advertir el leve destello calculador en aquellos fríos ojos azules.

—Bueno —dijo Du Toit, incorporándose—. Pídemelo otra vez el próximo trimestre. A lo mejor tienes suerte.

Después había sonado la campana que anunciaba la hora de la cena, poniendo fin a su encuentro. Y ahora volvía a sonar otra campana, señalando una nueva clausura: la del recreo de la mañana, la de las vanas esperanzas de Paul. Vanas puesto que, durante las vacaciones, había dado por hecho que el siguiente trimestre Du Toit cumpliría su palabra. Que sería sometido a alguna prueba, que la superaría y ¡tachán!: no más *soutpiel*. No más *rooinek*.

¡Qué injusticia tan grande! Había empleado la palabra apropiada, al interpelar a Du Toit. «¡No es justo, no es justo, no es justo!», repitió en voz alta, dando puntapiés contra la orilla del campo de juego, pues en

su estado se le antojaba igualmente insultante que el césped tuviera derecho a enseñorearse de la tierra.

Luego se quedó paralizado. A media distancia, la verde extensión del campo enmarcaba la oscura silueta de una figura agazapada: Pheko, el encargado de mantenimiento del colegio, que estaba repasando las líneas blancas del terreno de juego, con vistas al partido interescolar de cricket que se iba a celebrar el sábado. Si Pheko lo pillaba dando puntapiés en su preciado césped, protestaría a buen seguro. Al igual que protestaría también la otra figura que divisó a lo lejos, enfilando a grandes zancadas hacia el recinto donde residían los profesores internos.

Había dos recintos anexos al campus del colegio: uno rodeado por un seto que albergaba al profesorado, donde los alumnos tenían prohibido entrar a menos que hubiera una invitación previa —como, por ejemplo, para asistir a la Tertulia de Cultura General de Spier—, y otro más pequeño, cercado por una tapia, de viviendas mucho más sencillas, más bien chozas, situado cerca de la zanja en la que Du Toit tenía su propia choza y donde se celebraban las reuniones de su club. Allí se albergaban los trabajadores del colegio: Pheko y otros dos cuyos nombres Paul ignoraba, así como un número indeterminado de mujeres uniformadas que se encargaban de hacer las camas, barrer los pasillos, preparar las comidas y servir las mesas. Sin nombre también.

Aunque a aquella figura que se perdía a lo lejos Paul sí la conocía por su nombre, desde luego: era

Spier, con quien tenía clase de historia en la hora siguiente; pero si ya había sonado la campana, ¿por qué Spier se dirigía hacia allí en lugar de ir corriendo hacia las aulas?

Qué extraño.

Paul se presionó las cuencas de los ojos con sus huesudas muñecas para que no lo delatara ninguna lágrima y desanduvo el camino cruzando por la tierra rojiza del patio de recreo. Dejó a un lado el chozo de cañas en su centro, que hacía las veces de quiosco de golosinas, así como el arco encalado cercano del que colgaba la campana del colegio. Y mientras se encaminaba hacia la hilera de edificios de ladrillo que albergaban las aulas, tan rojizos como el mismo patio, cuatro de sus implacables compañeros corearon jubilosos de nuevo:

—*iSoutpiel! iSoutpiel!*